

tos victoriosos no tardaron en dirigirse y cuya suerte no se diferenció de la de su desgraciada vecina: también allí los cristianos, después de haber agotado sus municiones, se refugiaron en el serrallo y fueron entregados á sus enemigos por los turcos, y hubo allí la misma traición, la misma ferocidad, la misma repetición de la horrible matanza, á la que sucumbieron, según se dice, cerca de setecientos cristianos.

Remontándose hacia el Norte y acercándose cada vez más á sus compatriotas de la Montaña, atravesaron los drusos la vasta llanura de la Celesiria y se dirigieron hacia Zahlé, ciudad bastante importante, situada en la vertiente oriental del Líbano, habiéndoseles juntado por el camino varias partidas de kurdos, árabes y metualis, todos igualmente ladrones. Zahlé, población que contaba numerosos establecimientos europeos, era la residencia principal de los lazaristas y también de los jesuitas, que tenían allí un colegio. En Beirut, en donde se tuvo noticia de la invasión, aumentó en alto grado la alarma. Decididamente había otros perturbadores además de los miembros del comité cristiano. ¿Qué sucedería si los drusos del Haurán se unían á sus hermanos del Líbano, si los asesinos de Hasbeya y de Rasheya se juntaban con los asesinos de Meten, de Saída y de Djezzín? Nuevamente fueron los cónsules á encontrar á Khurchid, que no se movía de su campamento, relatándole con calor los peligros que corría Zahlé. En los días anteriores, cuando se trataba de Hasbeya y de Rasheya, Khurchid había contestado negligentemente: «Esto corresponde al gobernador de Damasco;» pero ahora, imposibilitado de alegar esta excusa, fingió gran celo por el mantenimiento de la paz pública, y su lenguaje pareció tan tranquilizador, que, disponiéndose un joven jefe maronita del Kesruán, José Karam, á ir en auxilio de Zahlé, el cónsul de Francia le avisó, según dicen (1), que no se moviera, pues el bajá se encargaba de todo. En efecto, se encargó de enviar tropas; pero ¡cosa inaudita!, detrás de él llegaron los drusos de la Montaña que se unieron á los del Haurán. Los habitantes de Zahlé, después de alguna resistencia, huyeron en su mayoría al Kesruán, defendido al menos por el valeroso Karam; entonces las hordas entraron en la ciudad, saqueándolo é incendiándolo todo, sin respetar siquiera los edificios que por ostentar la bandera de Francia debieran haber sido inviolables. Así, por ejemplo, fué asaltado el colegio francés de los jesuitas, en donde los invasores, después de haber asesinado en el santuario á un religioso y á un hermano, destruyeron el altar, dispersaron las sagradas formas y se entregaron á toda clase de profanaciones (2).

El cónsul inglés Mr. Moore, deponiendo por completo su antigua confianza, escribía en 21 de junio desde Beirut las siguientes líneas que pintan su espanto: «Zahlé ha sucumbido, y ahora toda la región del Líbano está abierta á los drusos (3).» Y no se equivocaba, pues en el mismo momento, en el corazón del Lí-

(1) Véase *Papiers et correspondance* del general Ducrot, tomo I, pág. 393. — Lenormant, *Les derniers événements de Syrie*, páginas 68 y 69.

(2) Véase Lenormant, *Les derniers événements de Syrie*, páginas 70, 71, y Apéndice, págs. 190 y 191. — Informe de Mr. Graham á lord Dufferin (*Further papers*, etc., págs. 43 y siguientes).

(3) *Papers relating to the disturbances in Syria*, pág. 39.

bano, en Deir-el-Kamar, un drama más terrible que todos los anteriores coronaba la serie de atrocidades.

Deir-el-Kamar había sufrido el primer ataque en 3 de junio: los cristianos se habían portado valerosamente y habían dado muerte á ochenta de sus adversarios; pero, en vista de que la hostilidad de los turcos les quitaba toda esperanza de triunfo, habían convenido una especie de capitulación que no había, sin embargo, impedido en los días siguientes los asesinatos aislados ni los actos de saqueo. Aquella tregua precaria duró poco: en la noche del 20 al 21 de junio, los drusos, victoriosos en Hasbeya, en Rasheya y en Zahlé, encamináronse hacia la desdichada ciudad. Eran muchos y bien armados, estaban seguros de la impunidad y hallábanse además exaltados por los últimos éxitos; los maronitas, por el contrario, estaban debilitados por los últimos combates y medianamente armados y descorazonados por las noticias que dé fuera recibían. Pero, por mucha que fuera su inferioridad, cualquiera cosa era mejor que la protección turca, á pesar de lo cual, con tan mala inspiración como sus hermanos de Hasbeya y de Rasheya, á los turcos pidieron asilo. Alzábase en el centro mismo de la ciudad el Serrallo, vasto cuadrilátero que servía para residencia de las autoridades y para el acuartelamiento de tropas, y que con sus espesas murallas parecía á propósito para desafiar cualquier ataque. Allí afluyeron los cristianos no muy confiados, pero sí persuadidos de que entre varios peligros escogían el menor; los turcos les acogieron, á pretexto de evitar todo desorden los desarmaron, y cuando los tuvieron encerrados en los patios abrieron las puertas á los asaltantes. La matanza duró todo el día, pues como los verdugos no tenían ninguna prisa y las víctimas no podían escapárseles, complacíanse aquéllos en prolongar las agonías de éstas con indecibles torturas. La pluma se resiste á describir los horrores consignados, no ya en los informes franceses, que podrían ser tachados de compasivos, sino en los de los mismos ingleses, esos protectores políticos de los drusos: hasta los niños fueron asesinados y en algunos sitios de los patios formáronse verdaderos arroyos de sangre; y los soldados presenciaban impasibles tantos horrores ó se aprovechaban de ellos para entregarse al libertinaje. Sin embargo, Deir-el-Kamar sólo distaba cinco horas de Beirut y cuatro del lugar en donde Kurchid había instalado su campamento. Como á éste le era imposible fingir ignorancia de aquellos sucesos y por ende persistir en su inmovilidad, encaminóse lentamente á Deir-el-Kamar, adonde llegó al atardecer, guiado por el humo del incendio y por el ruido de las descargas que ponían término á los suplicios de los cristianos; pero, en vez de penetrar en la ciudad, pasó de largo por delante de ella y fué á situarse al otro lado del torrente, en un palacio convertido en cuartel que se alzaba en un sitio conocido por Beit-Eddin. Cuando le refirieron las escenas de aquel día, exclamó: «Toda mi vida sentiré los horrores de que acabo de enterarme;» mas, á pesar de este sentimiento, dejó transcurrir toda la noche sin cuidarse de salvar á los sobrevivientes ó de vengar á los muertos, y sólo al siguiente día mandó que cesara la matanza, que ya había terminado por falta de víctimas. Únicamente se salvaron los que habían preferido el frágil abrigo de sus viviendas á las sólidas murallas de la fortaleza turca; éstos, al ver á sus enemigos

ocupados en matar cristianos, habiéndose escapado por los senderos de la montaña é instintivamente se habían dirigido á la costa con la esperanza de avistar algún buque europeo que acudiera en su socorro. Y no se engañaron: Inglaterra había, en el entretanto, enviado á las aguas de Siria un buque de línea y otras dos embarcaciones, y Francia la fragata *Zenobie* y dos avisos; y mientras los fugitivos estaban reunidos en gran número en la desembocadura del Damur, apareció una corbeta con bandera inglesa que el cónsul británico había expedido á aquellos lugares por si podían ser necesarios sus servicios. Era la *Gannet*, en donde se embarcaron setecientos cristianos, en su mayoría mujeres, niños y viejos; pero aun quedaban en la playa cuatrocientos, que no cabían en el barco y que suplicaban que no se les abandonara. El capitán obtuvo de los drusos una especie de promesa de que aquellos fugitivos serían respetados, y poco después llegó el *Mohawk* que en los días siguientes y en tres viajes sucesivos recogió unos mil quinientos pasajeros. De este modo fueron salvados más de dos mil cristianos, que desembarcaron en Beirut, en un estado digno de lástima, los unos heridos, enfermos los otros y todos en la desnudez más espantosa, llorando sus casas incendiadas, su patrimonio perdido, á sus parientes asesinados. El hospital francés, los conventos, las casas particulares se abrieron para acogerlos, pero sin que ninguna abnegación, ni siquiera la de nuestras incomparables religiosas, pudiera llegar adonde había llegado tanto infortunio. Deir-el-Kamar quedaba en parte destruida; más de mil trescientos cadáveres yacían amontonados en el Serrallo ó en las viviendas y en los jardines, y muchos años habían de transcurrir antes de que la ciudad desdichada recobrara su antigua prosperidad (1).

III

Los embajadores acreditados en Constantinopla supieron el 7 de junio por despachos de Esmirna los sucesos acacidos en Siria, y habiendo formulado, en consecuencia, sus reclamaciones, los ministros turcos fingieron ignorar lo ocurrido, diciendo que hacía tres semanas que no habían recibido informe alguno del gobernador de Beirut y que no sabían de qué índole habían sido los disturbios ni siquiera que tales disturbios hubiese habido. Esto no obstante, prometieron enviar de todos modos una fragata y dos batallones, los cuales partieron, pero no inmediatamente, sino doce días después. En las siguientes conferencias comenzó á traslucirse la verdad, y el 27 se embarcaron cuatro nuevos batallones; poco á poco se obtenían nuevas confesiones aunque llenas de reticencias y como arrancadas por fuerza, afirmando los otomanos que los rumores habían sido exagerados, que en todo caso los excesos debían ser atribuidos á los drusos, y que de ellos habían resultado tan víctimas los musulmanes como los cristianos.

Quiso la desgracia que los turcos encontraran en aquella circunstancia un aliado que disimulara su inercia,

(1) Informe del Sr. Graham á lord Dufferin (*Further papers*, etc., págs. 44 y siguientes). — Informe del comandante Lamber y del comandante West y del capitán Paynter al vicealmirante Martin (*Papers relating to the disturbances in Syria*, págs. 41-44).

que les apuntara las excusas, que tradujera sus respuestas al lenguaje diplomático y que, en una palabra, sostuviera la apariencia de su desvanecido poderío.

Inglaterra, desde hacía largos años, acomodaba su conducta en Oriente á dos reglas que habían llegado á ser tradicionales: combatir en el Levante los progresos de la influencia católica, es decir, francesa, y proteger á Turquía, bajo la condición de gobernarla. Tal había sido el pensamiento de lord Stratford, aquel imperioso amigo de la Puerta que durante tanto tiempo dominara en Estambul como verdadero amo del Palacio; y aunque ese personaje no estaba ya en Constantinopla, su diplomacia había hecho escuela. En el *Foreign Office* juzgábase muy ingeniosamente que había algo más conveniente que abrir el testamento del muerto, y era prolongar la vejez del moribundo ejerciendo sobre él la tutela y apropiándose poco á poco los beneficios del Imperio. Ahora bien, para que el grave incidente de Siria no perturbase esta política, era preciso de una parte atenuar la responsabilidad de la Puerta, y de otra ocultar las desgracias de los cristianos; pues, de lo contrario, se habría expuesto á un nuevo y tal vez decisivo ataque al cuerpo decrepito á quien se quería patrocinar y se habría proporcionado á Francia una ocasión de afirmar su crédito, dejándola intervenir en favor de sus clientes seculares. Hubiera sido esto un doble fracaso que á toda costa era preciso evitar.

Estos pensamientos se pusieron de manifiesto desde el comienzo de los sucesos. El 27 de junio, sir Bulwer, embajador británico, escribía desde Constantinopla: «Opino que la conducta de los maronitas, la presión ejercida sobre ellos por las autoridades espirituales á fin de empujarlos contra los drusos, y la actitud general de las tribus cristianas, han contribuido mucho á encender la guerra civil (2).» De modo que no se trata de matanza, sino de lucha intestina, y de lucha intestina en la cual los cristianos han sido, por lo menos en parte, los provocadores. ¿Qué mejor pretexto para perdonar á Turquía, disculpar á los drusos y desarmar á Francia? Esta fórmula respondía demasiado á los intereses, á las miras, á las necesidades del gabinete británico para que éste no se la apropiara; y en efecto, la hizo suya aunque no sin vacilaciones y remordimientos. En cada inglés hay dos hombres: el político, que es implacable, y el privado, que se deja conmovir fácilmente por el infortunio. Jamás se manifestó de un modo más patente este contraste que en los acontecimientos que estamos relatando: la política dictará despachos violentos hasta la amargura; la beneficencia recogerá socorros abundantes hasta la profusión; aquellos á quienes en las deliberaciones del Parlamento se calificará de provocadores, serán denominados el mismo día víctimas en los *meetings* de caridad, y ¡cosa extraña!, las mismas manos aplaudirán estos dos lenguajes tan opuestos. Los periodistas injuriarán á los maronitas por su doble carácter de papistas y de protegidos de Francia; pero luego, acordándose de sus compatriotas que poco antes sucumbieran á orillas del Ganges víctimas de un destino no menos cruel, se enternecerán hasta expresarse con acento conmovido. El hombre de Estado disputará con feroz egoís-

(2) Despacho de sir Bulwer á lord Russell, de 27 de junio (*Papers relating to the disturbances in Syria*, pág. 18).

mo a los infelices cristianos de Levante su última tabla de salvación; pero por la noche, en su hogar, después de haber leído el Evangelio, según costumbre protestante, se dejará dominar por la emoción, y al día siguiente, con munificencia que no calcula, depositará sus guineas en las cajas de los comités. Igual contradicción encontraremos en los informes de los cónsules, quienes los redactarán impulsados alternativamente por los más sombríos rencores y por la más honda piedad. Esta lucha singular entre los intereses y los sentimientos es lo único que permite comprender las negociaciones de que vamos a ocuparnos.

Así era Inglaterra; Francia era muy distinta. Los primeros despachos llegados a París y transmitidos a Baden, en donde estaba el emperador, fueron algo confusos, hasta contradictorios, y sólo dejaron traslucir una parte de la verdad; pero, a principios de julio, el señor Thouvenel tuvo en sus manos todos los informes de nuestro cónsul, el Sr. Bentivoglio, y entonces se conoció toda la extensión del mal. Todo aconsejaba la adopción de medidas enérgicas: en las personas de los maronitas habían sido violados los más sagrados derechos, y desde tiempo inmemorial los cristianos del Líbano se habían llamado protegidos nuestros, sin que nunca hubiésemos repudiado el honor y la carga de este patronato. Aun tomando sólo en consideración las más recientes estipulaciones internacionales, ¿no había acaso comunicado el sultán a los plenipotenciarios del Congreso de París el edicto que consagraba la libertad de los cristianos? ¿Y no habían por ventura los plenipotenciarios hecho constar en el artículo 9 del tratado «el gran valor de esta comunicación?» Pues bien, ó esta redacción nada significaba, ó establecía en provecho de Europa un derecho eventual de amonestación y, en caso necesario, de intervención. Finalmente, Napoleón III encontraba en su política interior otro motivo de solitud para con las víctimas: en el momento en que los asuntos de Roma le separaban de los católicos, no le disgustaba suavizar estas penosas divergencias y atestiguar, con un acto ruidoso, su fidelidad a sus antiguos aliados. Esto sentado, ¿qué mayor habilidad que abrazar con calor la causa de los cristianos de Oriente y recobrar de esta suerte el papel de *Hijo primogénito de la Iglesia* cuyo olvido se le echaba en cara desde hacía algún tiempo?

En este camino, claramente trazado, sólo podía surgir un obstáculo. Importaba mucho obrar con el consentimiento de la Puerta, á menos de desconocer el principio de la independencia de los Estados, y este consentimiento sería preciso pedirlo no á Constantinopla, sino á Londres.

El día 5 de julio, el Sr. Thouvenel, en una larga conferencia que celebró con lord Cowley, resumió con acento conmovido los informes que acababa de recibir, después de lo cual le propuso que algunos buques de guerra realizaran un crucero por las costas de Siria para proteger á los cónsules y á los nacionales. «¿Y no sería bueno, añadió, que se enviara á aquellos lugares una comisión de delegados de las cinco potencias, que abriera una información y asegurara el respeto á los convenios anteriores?... No hablo todavía de intervención, de expedición, siguió diciendo, dando á entender que ya pensaba en ella. Por otra parte, á falta de fuerzas turcas

suficientes, ¿no podría el sultán pedir prestadas para el restablecimiento del orden las tropas del virrey de Egipto?» En la respuesta del embajador británico reaparecían los dos hombres que, como hemos dicho, había en cada inglés: con emoción no fingida deploró los desórdenes, compadeció á las víctimas y censuró duramente la inhumanidad de los drusos; pero, una vez aliviada con ello su conciencia, lord Cowley no omitió ninguna de las objeciones que la política le dictaba. Según él, los maronitas habían sido en muchos lugares los provocadores; los informes recibidos en Europa eran obra exclusiva de los cristianos y habían de ser acogidos con reserva, y el gobierno turco iba á reforzar sus tropas (1). El Sr. Thouvenel, sin fijarse en estas críticas, envió aquel mismo día á Londres todos los informes llegados de Beirut; y al día siguiente, en un despacho circular dirigido á las cinco grandes cortes, propuso el nombramiento de una Comisión europea que estudiara sobre el terreno el mal y sus remedios. Por último, enviáronse á Siria algunos buques de guerra á las órdenes del contraalmirante Jehenne, é Inglaterra, que se interesaba muy poco por los maronitas, pero mucho por la seguridad de sus nacionales, se asoció á esta última medida y envió á Beirut al vicealmirante Martín con fuerzas navales muy importantes (2).

En este estado se hallaban las cosas cuando una nueva sublevación demostró, aun á los más indiferentes, la magnitud del peligro y la urgencia del socorro.

IV

En Damasco los cristianos habían seguido con indecible curiosidad al par que con viva inquietud los sucesos que tan cerca de ellos se desarrollaban. Si en el Líbano ardían las chozas maronitas, ¿serían respetadas sus opulentas viviendas? En vano se repetían que ellos no eran maronitas, sino súbditos directos del sultán y como tales amparados por la protección de éste; esta idea no les tranquilizaba, tanto menos cuanto que ostentándose sin ningún disimulo la malevolencia de que eran objeto, no podían aventurarse á pasar por las calles ni por delante de las tiendas ambulantes del barrio musulmán sin ser insultados. Un día sobre todo subió de punto la emoción, y fué cuando los fugitivos de Hasbeya y de Rasheya llegaron á la ciudad propalando por todas partes el relato de sus infortunios. ¿Caerían sobre Damasco aquellas hordas victoriosas y embriagadas con el saqueo? Súpose muy pronto, sin embargo, que los sediciosos en vez de dirigirse allí se encaminaban nuevamente á Zahlé; y al ver que el peligro se alejaba, aquellos cristianos respiraron, pero poco les duró la tranquilidad. El día 29 de junio comenzaron las fiestas del Beiram, y los cristianos, convencidos de que el fanatismo aprovecharía aquellas horas de ocio y de exaltación religiosa, se encerraron más que nunca en sus casas. Transcurrieron en calma aquellos días, pero sin que se tranquilizaran los ánimos, pues todo contribuía á mantener la ansiedad. En Damasco la población cristiana, que se componía de unas veinte mil almas, desaparecía confundida entre las ciento treinta mil que for-

(1) Despacho de lord Cowley á lord Russell, 5 de julio (*Correspondence relating to the affairs in Syria*, págs. 1 y 2).

(2) Véase *Documents diplomatiques*, 1860, págs. 193-197.

maban la musulmana; además los cristianos estaban poco acostumbrados al manejo de las armas, no eran militares ni mucho menos, y estaban debilitados por una larga paz, y para colmo de desgracias eran ricos é influyentes y habían edificado suntuosas construcciones, de manera que el día del desencadenamiento la codicia tanto como el fanatismo armaría el brazo de sus adversarios. La guarnición había sido reforzada con algunos destacamentos; pero como éstos procedían de Rasheya y de Hasbeya, tal protección parecía peor aún que el abandono (1). Las disposiciones adoptadas por Achmet-Bajá contribuían al general abatimiento, porque sabíase de él que era no sólo sospechoso, sino además enemigo, es decir, digno colega de Khurchid; y uno de nuestros agentes consulares, con meritoria previsión, había dado cuenta, ya desde el mes de marzo, de sus manejos (2). Todas las cartas de los franceses que residían en Oriente anunciaban una crisis, no ya probable, sino segura (3); y tan segura era, que la superiora de las *Hijas de la Caridad* de Damasco, en una carta á sus hermanas de Beirut, fechada en 5 de julio, escribía: «Es inevitable una matanza de cristianos que se ejecutará dentro de pocos días y de la cual seremos nosotras las primeras víctimas. Nos despedimos de vosotras y os rogamos que transmitáis nuestro adiós á la superiora general de las Hijas de San Vicente de Paúl. Si hemos de perecer, moriremos alegres dando gracias á Dios por el martirio y rezando por nuestras hermanas y por la Francia.»

El día 9 de julio fué el día de la explosión. Por singular casualidad ó por refinamiento de traición, uno de los jefes musulmanes había convocado la víspera á los principales cristianos, burlándose bondadosamente de sus temores y asegurándoles que podían dormir con todas las puertas abiertas (4). Un pretexto fútil provocó el estallido: al medio día algunos jóvenes mahometanos se entretuvieron en trazar cruces en las calles y en insultar á los «infielos que pasaban sin pisarlas.» Dos de aquellos jóvenes fueron detenidos, pero el populacho los libertó, y en aquel momento, con una unanimidad que demostraba la premeditación de un complot, los musulmanes cerraron sus tiendas, empuñaron sus armas, se reunieron en grupos y, excitándose con grandes gritos, se lanzaron sobre el barrio cristiano. A pesar de lo repentino del ataque, fácil habría sido rechazarlo si la fuerza pública se hubiese mostrado vigilante ó hubiese siquiera permanecido neutral, porque aquellas primeras bandas eran más tumultuosas que aguerridas; pero los baki-buzuks y las fuerzas de policía intervinieron no para restablecer el orden, sino para matar y robar. Los polizontes eran los más exaltados, lo cual nada tenía de extraño, pues desde hacía veinte días alisábanse en el cuerpo, según se decía, todos los hombres más perdidos de Damasco; de suerte que la ma-

tanza se llevaría á cabo por los mismos encargados de velar por la seguridad pública (5). Por la noche llegaron algunos drusos, no muchos, y luego varios aldeanos musulmanes atraídos por el botín. Los cristianos, aterrados por la alianza de los asesinos y de los soldados, no se defendieron; apenas si de dos ó tres casas griegas se dispararon algunos tiros de fusil: aquello no fué una batalla ni una guerra civil, sino una carnicería. Los agresores dirigiéronse primeramente á las moradas de los más ricos, cuya ruina había sido hacía tiempo decidida; luego á las casas menos opulentas y, por último, asaltaron los consulados, sin curarse de las represalias que podrían tomar las potencias. El consulado ruso fué el primero que aquellas turbas atacaron, y después de él, los viceconsulados holandés, belga y americano; el dragomán del consulado ruso fué asesinado; el vicecónsul americano resultó gravemente herido. Poco después sucumbió un misionero protestante, el Sr. Graham, cuyo asesino, al ser interrogado, se limitó á responder: «Le he tomado por un cónsul (6).» Los consulados de Prusia, Francia é Inglaterra fueron respetados, gracias á que estaban situados fuera del barrio cristiano; además, por lo que toca á los ingleses, su papel declarado de protectores de los turcos y de los drusos les valía tal vez alguna inmunidad. Después de los consulados, las turbas amotinadas asaltaron las iglesias y capillas, de cuyos tesoros tanto se hablaba hacía mucho tiempo, y aunque á primera hora se habían puesto en las puertas de las mismas algunos centinelas, éstos no tardaron en abandonar la consigna, y una vez las puertas derribadas, fueron aquellos lugares saqueados por completo. También allí perecieron numerosas víctimas, porque algunos cristianos se habían refugiado en tales edificios, ya con la vana esperanza de que la santidad de los santuarios contendría á los sectarios de otra religión, ya por ese instinto natural que en los momentos de supremo peligro lleva á los pueblos aterrados al pie de los altares.

En el entretanto, el gobernador Achmet-Bajá permanecía en el fondo del Serrallo, en una inmovilidad peor aún que el mismo crimen. Los cónsules, arrojando toda clase de peligros, lograron llegar hasta él y trataron de sacudir su inercia, siendo el que se mostró más apremiante el cónsul de Inglaterra, el Sr. Brant, avergonzado de sus protegidos y deseoso sobre todo de compartir la suerte común y de substraerse á todo privilegio que habría sido desesperante para un hombre honrado. En nombre de la civilización, de la humanidad, del honor otomano, intimó al bajá á que cumpliera los deberes de su cargo, haciendo interceptar las calles que conducían al barrio cristiano, cerrando á los ladrones de fuera las barreras exteriores y lanzando contra los perturbadores algunos batallones disciplinados. Pero todas las respuestas de Achmet se redujeron á vanas promesas. «Impedid que los drusos entren en la ciudad, díjole el Sr. Brant.—Lo haré.—Mandad que salgan de aquí los extranjeros que han venido de las vecinas aldeas.—Precisamente así acaba de decidirlo el consejo.—Ordenad, por lo menos, que se dé sepultura á los muertos

(1) Véase el memorándum del Sr. Robson á lord Dufferin (*Correspondence relating to the disturbances in Syria*, págs. 141, 142). Véase también el informe del Sr. Brant, cónsul de Inglaterra, á sir Bulwer (*Correspondence relating, etc.*, pág. 133).

(2) Informe del cónsul de Francia en Beirut, 28 de mayo de 1860 (*Correspondence relating, etc.*, pág. 18).

(3) Véase la sesión del Senado de 14 de mayo de 1861: discurso del Sr. de Sauley (*Monitor* del 15 de mayo de 1861).

(4) Memorándum del Sr. Robson á lord Dufferin (*Correspondence relating, etc.*, pág. 142).

(5) Véase *Correspondence relating to the disturbances in Syria*, págs. 69-71.

(6) Informe del Sr. Brant, 16 de julio (*Further papers*), página 47.

para evitar la peste.—Ya se han dado para ello las órdenes oportunas.» Y después de expresarse en estos términos, el miserable gobernador volvía á su apatía. Mas no era de extrañar que de tal modo procediera desde el momento en que se le atribuía la siguiente frase: «En Siria hay dos calamidades, los drusos y los maronitas, y la Puerta tiene el mayor interés en que unos ú otros desaparezcan (1).» «He estado varias veces en casa del bajá, escribía el Sr. Brant indignado, y siempre he obtenido la misma respuesta: Ya lo haré, ó bien: Ya lo he hecho; pero no hace nada, y cuando le colmo de reproches, me contesta que no tiene tropas suficientes. Ni una sola vez ha salido del Serrallo.» Y á la vista de los cadáveres y en medio del estrépito de las descargas y de los fulgores del incendio, añadía el cónsul británico: «Sólo el cielo puede asegurarnos cinco minutos de vida (2).»

La matanza comenzada el día 9 prosiguió durante todo el día 10; al amanecer del 11 corrió el rumor de que algunos cristianos habían hecho fuego sobre los turcos matando á dos de ellos, y aunque la noticia era falsa, sirvió de pretexto para redoblar la carnicería. La pluma se resiste á describir tales horrores: después de saqueadas las viviendas ricas ó acomodadas, fueron asaltadas las casas de los pobres, consumándose en todas partes la misma obra de destrucción. Las puertas eran derribadas á hachazos y los infelices habitantes que no habían podido huir morían acuchillados; á las mujeres se las sometía á toda clase de torturas hasta que indicaban el sitio en donde estaban guardados el dinero, las joyas, los tesoros de la familia; y los niños, los jóvenes y las muchachas eran secuestrados con la esperanza de obligar á los unos á la apostasía y de utilizar á las otras para toda suerte de libertinaje. Cuando una turba se marchaba, llegaban otras para cargar con lo que aquella había dejado; y cuando ya no quedaba nada que robar, se pegaba fuego á los edificios y las llamas subían lentamente por las desnudas paredes para acabar hasta con las ruinas.

El día 12 disminuyó la carnicería, más por cansancio que por arrepentimiento ó piedad; los días siguientes, aunque se señalaron por algunos asesinatos, parecieron casi tranquilos, ¡tan grande era el horror de lo que en los anteriores se había presenciado! Al fin renació la calma en la desolada ciudad, pero una calma tan lúgubre como la misma guerra porque las calles estaban llenas de cadáveres insepultos y al través de los escombros surgían á intervalos los fuegos de los incendios que se creía extinguidos. ¿Cuáles eran las pérdidas? Aun no se sabía, pero según los cálculos más moderados, más de la tercera parte de la población masculina había desaparecido. Los más afortunados fueron los que, hallándose ausentes de sus casas en el momento de la terrible alarma, se refugiaron en los consulados francés ó inglés y en la ciudadela, y allí esperaron, en una seguridad relativa, que terminara la agitación. También afluyeron á aquellos lugares de asilo todos los que durante la matanza pudieron huir de sus moradas por salidas interiores y los que debieron su salvación á un disfraz ó á la com-

(1) Informe del Sr. Brant á sir Bulwer (*Correspondence*, página 132).

(2) Informe del Sr. Brant de 12 de julio (*Further papers*, página 49).

pasión de algún enemigo menos implacable. Muchos, para escapar de la muerte, se mezclaron con los asesinos, y algunos apostataron sin que este acto de debilidad permitiera á todos conservar la vida. Las hermanas de San Vicente de Paul y los lazaristas se salvaron; en cuanto á los franciscanos, su convento fué destruído y ocho de ellos fueron asesinados (3). En tan terribles circunstancias, un antiguo adversario de Francia, Abdel-Kader, quiso vengar el honor del Islam. Vivía entonces fastuosamente en Damasco, en parte como particular y en parte como soberano, y desde el comienzo de los disturbios su perspicacia le había hecho presentir el peligro: «De veinticuatro musulmanes, decía, veinte excitan públicamente á la matanza, y de los otros cuatro, tres y medio la desean.» Sin embargo, animado por una suprema esperanza de evitar la catástrofe, fué á avistarse con los miembros del Gran Consejo, á quienes encontró, según dijo después, «fumando en sendas pipas y negándose á hacer algo (4).» No pudiendo sacudir la indigna apatía de sus correligionarios, abrió á los europeos, y en particular á los franceses, las puertas de su palacio, que el prestigio de su nombre hacía sagrado y que además estaba guardado por sus fieles argelinos armados de fusiles bien cargados. Gracias á él pudieron salvarse, según se dijo, mil quinientos cristianos; y cuando hubo pasado la tormenta, nuestro antiguo enemigo no se creyó todavía en paz con los que le debían la vida, sino que, juzgando que Damasco, aun después de pacificada, sería para sus huéspedes una residencia peligrosa, organizó con ellos una caravana, les hizo escoltar al través del Líbano y no les abandonó hasta que estuvieron á la vista de Beirut y bajo la protección de los cónsules y de los buques de Occidente.

V

Hasta el 16 de julio no se tuvo noticia en París de las nuevas matanzas, é inmediatamente el Sr. Thouvenel marchó á Saint-Cloud, en donde estaba el emperador. La indecisión no fué larga: después del Líbano, Damasco; después de los drusos, los turcos. ¿Había resuelto el fanatismo musulmán aniquilar á todos los cristianos de Oriente? Pues ya no bastaba que algunos buques fuesen á desplegar nuestro pabellón en aguas de Beirut, sino que era necesario que fuerzas europeas desembarcaran y, á pretexto de ayudar á la Puerta, se pusieran en el lugar de ésta para realizar la misión de alta policía que ella no podía ni quería llevar á cabo. En su consecuencia, quedó resuelta la intervención.

De regreso en su palacio, encontró el ministro á lord Cowley que acababa de llegar. El horror de los acontecimientos hacía difíciles las objeciones, así es que el embajador inglés nada respondió á las explicaciones del Sr. Thouvenel, limitándose á decir: «Es necesario meditar esto;» y retirándose acto seguido, apresuróse á telegrafiar á Londres lo que había averiguado. Al día siguiente, una comunicación del Sr. de Persigny acabó de ilustrar al jefe del *Foreign Office*: el emperador había resuelto el desembarco de un cuerpo de ocupación, si bien todo estaba calculado para disipar cualquier inquie-

(3) Véase *Annales de la propagation de la foi*, 1861, pág. 60.

(4) Informe del mayor Fraser á lord Russell, 23 de agosto (*Correspondence relating*, etc., pág. 96).

tud; el objetivo no sería la conquista ni la consecución de ninguna ventaja particular, sino el restablecimiento de la paz pública; la expedición se efectuaría únicamente en virtud de los tratados, de acuerdo con las potencias y con la Puerta misma; Francia no sería más que la ejecutora de las voluntades de Europa; y aun lo mejor sería, si es que ello fuese posible, que cada Estado aportara su contingente y contribuyera por su parte al triunfo del orden y de la humanidad (1).

Ya hemos visto cuán contradictorios eran los sentimientos de Inglaterra. Al recibir aquella comunicación, la perplejidad subió de punto y los ministros de la reina permanecieron más que nunca indecisos entre sus buenos y sus malos pensamientos.

Los buenos prevalecían á intervalos, pues cada correo conducía á Londres las correspondencias de los agentes ingleses, cónsules, marinos, misioneros, simples residentes, cuya simple lectura producía una impresión de horror que iba acentuándose hasta el punto de sobreponerse á todo; pero los prejuicios nacionales, ahogados un instante por el clamor de la conciencia pública, no tardaban en reaparecer y en insinuarse nuevamente en las almas. Inglaterra se mostraba apesadumbrada casi por igual por dos cosas: primera, porque hubiera víctimas; y segunda, porque estas víctimas fuesen socorridas por nosotros. ¿Quién podía creer en el desinterés de Napoleón III? Hacía poco se había apropiado de Niza y Saboya: ¿cuáles eran sus nuevas ambiciones? ¿Qué cuestión tenía reservada para sorprender ó perturbar á Europa? ¿Qué sería de Siria? ¿Se convertiría en reino, en principado ó en país de protectorado francés? En estos términos se expresaban los diarios. En los comienzos de la empresa, el gobierno de la reina no se habría atrevido á negar su adhesión; pero ¿por qué sutilezas de detalle no trataba de retirar su consentimiento? Animado de este espíritu, aquel gobierno se esforzaba en discutirlo todo envidiosamente, las proporciones de la expedición, su duración, su esfera de acción; propalaba toda clase de objeciones y en caso necesario las creaba, tomándolas luego como argumento; y con sorprendente perspicacia discernía todos los puntos negros y después de haberlos descubierto no toleraba que nadie los ignorase. En otros términos, decía sí, pero formulando todas las razones que existían para decir no.

Aquella mala voluntad era impotente, sin embargo, para alterar un propósito ya inquebrantable; así es que los embajadores de los cinco grandes Estados reunidos en París acordaron, en 3 de agosto, que desembarcase en Siria un cuerpo de tropas francesas para reprimir las facciones ó, como se decía en lenguaje diplomático, para ayudar al sultán á restablecer la paz. Napoleón III obraría, más que en su nombre personal, como mandatario de Europa y como mandatario desinteresado; y la ocupación duraría á lo sumo seis meses, limitación en la cual se revelaban las desconfianzas de la Gran Bretaña. En el campo de Chalóns habíase previamente preparado una brigada de unos seis mil hombres que estaba dispuesta á partir y cuyo mando se confió al ge-

(1) Véase el despacho de lord Cowley á lord Russell, 17 de julio (*Correspondence relating* etc., págs. 6 y 7). — Despachos del Sr. de Thouvenel al Sr. de Persigny, 16 y 17 de julio (*Documents diplomatiques*, 1860, págs. 198 y 199).

neral de Beaufort de Hautpoul, gran conoedor del Oriente, según se decía, por haber servido largo tiempo á las órdenes de Ibrahim-Bajá. Aquel pequeño cuerpo de ejército fué enviado á Tolón aun antes de que el documento del 3 de agosto se convirtiera en convenio definitivo (2). En el entretanto, el emperador, con laudable paciencia, dedicábase á calmar á su irritable vecina, y en una carta al Sr. de Persigny, que aunque de índole privada estaba destinada seguramente á la publicidad, negaba que le animara la menor ambición, recordaba su programa de Burdeos, manifestaba cierto disgusto por todas las cuestiones surgidas en Italia y en otras partes, y añadía que su deseo hubiera sido no ir á Siria, no sólo por el gasto que ello significaba, sino por el apuro en que la empresa le ponía.

Inglaterra, no pudiendo impedir que la expedición partiera, acariciaba una sola esperanza, y era que la Puerta fuese bastante prudente para precipitar las represiones anticipándose á los expedicionarios, ó bastante hábil para reducir á éstos al papel de auxiliares. Pero ¿cabía esperar tal energía ó tal habilidad de la Puerta que hasta entonces se había mostrado rebelde á todas las enseñanzas? Y, sin embargo, así fué, y aun mucho más de lo que Inglaterra deseaba. Vamos á ver, en efecto, cómo Turquía se abre camino entre Francia y la Gran Bretaña, envidiosas una de otra; cómo elude las reformas, aplaza las reparaciones, limita á su voluntad los castigos y se burla de los maronitas, de Beaufort, de los diplomáticos, en una palabra, de todos, incluso de los mismos que la habían aleccionado.

VI

En Constantinopla habían negado, por de pronto, las malas noticias; pero cuando ya no fué posible el disimulo, varióse allí de táctica. Como ya no podía engañarse á Europa por más tiempo, se pensó en sorprenderla con una ostentación de indignación y de firmeza difícilmente insuperables: el sultán escribió de su puño y letra sendas cartas al emperador de los franceses y á la reina de Inglaterra, censurando duramente los excesos y prometiendo amplia reparación; y luego se anunció el envío á Siria de un comisario extraordinario, investido de poderes ilimitados é instrumento de la inflexible justicia de su soberano. Muy pronto se supo el nombre de aquel elevado funcionario: era Fuad-Bajá, ministro de Negocios extranjeros, personaje muy ilustrado y tan bien reputado como digno. Las instrucciones que le dieron y que Turquía cuidó de que se hicieran públicas proclamaban pomposamente la igualdad de todos los súbditos del Imperio, quienes tenían derecho á una misma protección, fuesen cuales fueren sus creencias. La despedida de Fuad fué solemne: el sultán, quitándose del casquete la placa que era el distintivo de su autoridad militar, se la entregó como prenda especial de su confianza; y á su disposición pusieronse varios buques y algunos batallones que, ¡cosa extraordinaria!, estaban casi al corriente de sus pagas. Finalmente, en el acto de embarcarse, el ministro turco, dirigiéndose á uno de nuestros agentes consulares, le dijo con gran calor: «Decid al embajador de Francia que la-

(2) El convenio no se firmó hasta el 5 de septiembre.